

Las derechas y Trump: crisis y futuro de una tradición política



AUTOR Olivier Roy

PORTADA Hajime Sorayama. © CFOTO/SIPA

FECHA 28 de marzo de 2025

Legitimistas, bonapartistas, orleanistas o, para no ceñirnos sólo a Francia: tradicionalistas, cesaristas y liberales –según Olivier Roy, entre santo Tomás y Silicon Valley, el trumpismo está cristalizando un nuevo canon–.

Desde el libro de James Hunter sobre las «guerras culturales», sabemos que la cuestión de los valores ha estado en el centro de las movilizaciones políticas en Estados Unidos.^① Según la influyente tesis de este sociólogo estadounidense, los fundamentalistas protestantes y los católicos conservadores unieron sus fuerzas a partir de la década de 1970 para desafiar la hegemonía progresista en la cultura estadounidense. Desde entonces, se han enfrentado dos bandos: por un lado, los «ortodoxos», para quienes la verdad moral es estática, universal y confirmada por lo divino; por otro, los «progresistas», que consideran que la verdad moral es evolutiva y estrictamente contextual.

Es en la historia de esta guerra cultural donde debemos leer el éxito de la campaña que llevó a Donald Trump a la Casa Blanca. Entre 2016 y 2024, los ideólogos del movimiento MAGA lograron tomar el control del Partido Republicano, expulsando a la derecha liberal. ¿Es el auge de los movimientos trumpistas y la crítica del «wokismo» que lo acompaña una expresión de retorno a una tradición y a valores conservadores? ¿Y habrá que esperar un efecto dominó en el espacio político europeo?

Hay tres corrientes en acción entre los que se alegran del triunfo de Donald Trump: una derecha cristiana, un populismo identitario y un aceleracionismo tecnológico libertario.

OLIVIER ROY

En Europa, la derecha ha tendido en las últimas décadas a inscribirse en la continuidad de referencias progresistas: ha ratificado en casi todas partes el derecho al aborto e incluso al matrimonio homosexual. En la mayoría de los países y a nivel europeo, ha aceptado sobre todo participar en el cordón sanitario que mantiene a la extrema derecha fuera del gobierno.

Pero hoy eso se ha acabado. Tanto en Europa como en Estados Unidos, asistimos al colapso de la derecha liberal –el Partido Republicano de la familia Bush, los Tories británicos, la democracia cristiana italiana, pasando por la corriente gaullista en Francia, cada vez más tentada por la extrema derecha– o a su alineación con los movimientos nacional-populistas que defienden los valores conservadores y una identidad blanca y cristiana.

Los principales ideólogos del trumpismo, en este caso Steve Bannon y el vicepresidente J. D. Vance, intentan movilizar a la derecha europea en torno a la cuestión de los valores tradicionales, marcando una ruptura con los temas geoestratégicos como la defensa del mundo libre que permitían la construcción de una representación atlantista común.^②

La fascinación por Trump es evidente en esta nueva derecha europea, aunque se basa en una paradoja bien subrayada por los resultados de la encuesta Eurobazuka: ¿cómo establecer una coalición internacional de valores si al mismo tiempo se hace una apología brutal del egoísmo nacional, llegando a abogar por la injerencia y la vasallización?

Que el factor Trump sea una de las razones de la recomposición de las fronteras entre la derecha y la extrema derecha o que sea solo un síntoma, no importa. La cuestión aquí es saber si detrás de este auge del populismo hay una visión coherente de un sistema de valores en ruptura no solo con el progresismo, la defensa de los derechos humanos y lo que se denomina «woke», sino también con la derecha liberal clásica.



Hajime Sorayama. © CFOTO/SIPA

Las derechas en Francia y los valores del trumpismo

Para entenderlo, podemos retomar la tipología de René Rémond – legitimistas, bonapartistas y orleanistas, es decir, para no ceñirnos solo a Francia: tradicionalistas, cesaristas y liberales– y constatar que a los dos primeros les va bien con un nuevo atuendo, pero que el tercero está en crisis.

«Por la ley más que por la fe»: la paradoja legalista del legitimismo

Los «legitimistas» ya no son muy monárquicos, pero se aferran a un cristianismo conservador cuyas normas quieren imponer por ley más que por fe, ya que se enfrentan al declive de la práctica religiosa, más lento pero igualmente real en Estados Unidos. La lucha contra el aborto, el feminismo

y los derechos LGBT son el núcleo de su lucha. Paradójicamente, en Europa, la Francia laica comparte con Polonia la expresión de un cristianismo tradicionalista particularmente virulento: la organización *Manif pour tous*, la oposición al aborto, a los derechos LGBT, la defensa de la misa en latín y la vuelta a un viejo galicanismo que desconfía de un papa que no parece lo suficientemente europeo.

Que el catolicismo contrarrevolucionario esté en Europa en el centro de esta nostalgia cristiana por los viejos tiempos es lógico, porque el protestantismo o bien se ha secularizado, o bien, en su forma evangélica, afecta mayoritariamente a los inmigrantes, poco preocupados por una identidad cristiana blanca.

Sin embargo, en Estados Unidos, también son intelectuales católicos –en su mayoría convertos del protestantismo, como J. D. Vance– los que lideran la cruzada intelectual contra el progresismo. En el plano electoral, sin embargo, son los evangélicos protestantes los que constituyen los grandes batallones del trumpismo. Esta incapacidad del evangelismo para producir una vanguardia intelectual es interesante y podría explicarse en gran medida por cierto desprecio por la cultura en general y la alta cultura en particular.⁴ Por lo tanto, son los padres de la Iglesia, entre otros San Agustín y San Benito, a quienes se convoca para restablecer la ley natural y el anclaje de la sociedad en la trascendencia.

El bonapartismo tecnológico o el autoritarismo sin valores

La segunda categoría de la derecha según Rémond es el bonapartismo, que se encuentra en el corazón de la movilización populista.

Se espera de un líder autoritario que limpie con vigor los establos de Augías, aunque el liderazgo puede ser feminizado, en el contexto actual.

Sin embargo, el bonapartismo no es en sí mismo portador de un sistema de valores, sino del respeto a la autoridad. De hecho, esta dimensión contribuye al injerto «tecno-cesarista» impulsado por Silicon Valley y su búsqueda de un autoritarismo eficaz que resuelva los defectos de la democracia mediante el establecimiento de una «monarquía geek».

La muerte del orleanismo o el callejón sin salida neoliberal

La gran ruptura a la derecha es la profunda crisis del liberalismo político: el orleanismo según Rémond.

Esta corriente fue un marcador dominante de los partidos de centro-derecha que, desde Norteamérica hasta Europa, han gestionado, en alternancia con la socialdemocracia, nuestras sociedades desde el final de la

Segunda Guerra Mundial, abogando por la democracia y el Estado de derecho, defendiendo la economía de mercado, en una línea anticomunista y antifascista, atlantista y proeuropea.

Al igual que la socialdemocracia, el liberalismo orleanista compartía con la democracia cristiana –que también se reivindicaba del liberalismo político, pero defendía su propio sistema de valores– un humanismo arraigado en la filosofía de la Ilustración y un sentido de la ética.

El liberalismo político estalló en un conflicto fundamental: ya no puede concebir el vínculo social más que en la abstracción del Estado de derecho. En el plano económico, a partir de la década de 1980 adoptó un neoliberalismo que socavó los cimientos del Estado y destruyó el vínculo social. Si Margaret Thatcher y Ronald Reagan pretendían defender los valores tradicionales, en realidad se hicieron cargo de la desregulación que comenzó a destruir el tejido social. Thatcher declaró además: «*there is no such thing as society*», una profecía autocumplida. ⁵

El liberalismo político ha estallado en un conflicto fundamental: ya no puede concebir el vínculo social más que en la abstracción del Estado de derecho.

OLIVIER ROY

En Europa, la derecha liberal se ha «berlusconizado» con las mismas consecuencias, pero sin siquiera, esta vez, el homenaje del vicio a la virtud: el derecho al disfrute se ha convertido en un privilegio de los nuevos líderes, que, de Berlusconi a Trump, lejos de escandalizar a sus votantes, les permiten compartir los reflejos de sus travesuras.

El neoliberalismo ha sido, por tanto, muy «moderno», ha producido, como señala Marcel Gauchet, un individualismo exacerbado, obsesionado con la realización personal y poco preocupado por hacer sociedad. ⁶ El wokismo, por otra parte, que defiende un individualismo contractual, es sobrino del liberalismo político. El mundo de los negocios neoliberales, desde Walt Disney hasta Benetton, se adaptó perfectamente al wokismo hasta el brutal cambio de rumbo de 2024 a favor de Trump.

En respuesta a lo que percibe como una deriva «derechohumanista» del individualismo moderno, el pensamiento liberal vuelve a sus orígenes: Pierre Manent, antiguo asistente de Raymond Aron, lamenta el abandono de la teoría del derecho natural, que anclaba al individuo tanto en la trascendencia como en la naturaleza. ⁷

¿Cómo volver a dar fundamento al valor, que no puede reducirse a una transacción entre ciudadanos? La política no debería conocer la neutralidad axiológica: debe trabajar por el bien común. Se plantea entonces la cuestión de la naturaleza de la comunidad política, de su relación con la ley como condición de su libertad y, por tanto, de su cultura e identidad. La autocrítica del liberalismo se une aquí al legitimismo y al rechazo populista de una inmigración portadora de otra cultura, que no respeta la identidad de la nación. El liberalismo se percibe a sí mismo como una cultura particular y no como una expresión del universalismo. Los herederos de Raymond Aron se convierten en soberanistas; ya no creen en la asimilación, es decir, en la universalidad de su propia cultura. Lo que se consideraba valores universales –los derechos humanos, la evangelización– se transforma en marcadores identitarios de una cultura propiamente europea, incluso nacional, asediada y amenazada.

Los disidentes del liberalismo ahora reinterpretan el Estado con una visión más cercana a Schmitt que a Locke, porque supone la existencia de un enemigo: la inmigración (y para Europa, el islam) y los valores del 68 (ahora etiquetados como wokismo) serían las dos causas principales de la crisis del vínculo social. El islam y el wokismo son los dos enemigos que se declaran aliados bajo el término islamoizquierdismo. Para combatirlos no se necesita un Estado árbitro, sino un Estado soberano, un Estado fuerte. Se unen a un populismo que no quiere menos Estado, sino un Estado que sea su Estado y que los proteja. Quieren reconquistar el Estado, y ese es el sentido de la ocupación del Congreso en Washington el 6 de enero de 2021. El orleanismo está muerto. ⁸

El recién llegado: las corrientes libertarias

Una vez constatada la muerte del liberalismo político, se observa que el espacio filosófico que ocupaba está siendo ocupado hoy por una nueva corriente: los libertarios.

Comparten el individualismo voluntarista, pero rechazan el contrato social, es decir, la delegación al Estado de un estatus de árbitro. Si creen en el contrato, es en el de la transacción comercial. El Estado no puede ser más que un obstáculo. No lo aceptamos: lo destruimos.

La avalancha de órdenes ejecutivas firmadas por Trump inmediatamente después de asumir el cargo revela una visión schmittiana, en la que el narcisismo del soberano tomaría el lugar del Estado soberano. Hasta ahora, el movimiento se había mantenido al margen de la vida política, con su eterno candidato a las elecciones estadounidenses, Ron Paul. Pero ahora se ha convertido en la ideología de la tecnología y, en la persona de Elon Musk,

interviene directamente en la vida política estadounidense. Con Trump, los libertarios están, sin duda, por primera vez plenamente asociados al poder.



Hajime Sorayama. © CFOTO/SIPA

El nuevo choque de derecha

Por lo tanto, hoy estamos presenciando una nueva configuración de la derecha, ahora dominada por los populistas, aunque todavía hay tres corrientes en acción entre los que se regocijan por la victoria de Donald Trump: una derecha cristiana, un populismo identitario y un aceleracionismo tecnológico libertario. Celebran juntos la elección de Trump y trabajan para exportar el modelo a Europa.

Sin embargo, a pesar de las evidentes coincidencias –un odio común hacia la democracia liberal y el Estado de derecho, así como un discurso antiinmigración, antitributario, antiwoke, antirregulación y climatoescéptico–, representan tres sistemas de valores fundamentalmente opuestos.

Aunque las versiones europea y estadounidense del coctel trumpista pueden mezclar estos tres ingredientes en diferentes proporciones, las tensiones son las mismas y estallarán tarde o temprano. Si bien es fácil unirlos en la oposición, es más difícil mantenerlos juntos cuando se está en el poder y se decide llevar al extremo las propias ideas: en ese momento hay que elegir.

La derecha cristiana y reaccionaria: ¿una vocación minoritaria?

La derecha cristiana es reaccionaria en el sentido estricto, como hemos visto: quiere volver a la filosofía de la Ilustración y defiende una

antropología bien definida que debería ser la base de la sociedad: la familia tradicional, el rechazo del feminismo y la homosexualidad. La libertad no existe fuera del reconocimiento de la Verdad. Hay que volver a la «ley natural», teorizada por Tomás de Aquino. Este es el discurso de Vance y Bannon.

Sin embargo, esta derecha intransigente ya no cuenta con un credo evanescente: no es especialmente proselitista, ya que identifica la identidad cristiana con el dominio de la civilización occidental, o incluso de la raza blanca. Por lo tanto, apuesta sobre todo por la ley para imponer sus normas, incluso si eso implica imitar una especie de wokismo de derecha.

La defensa de la masculinidad no es el regreso de la familia tradicional, ya que se dirige a individuos, no a parejas. Es una ideología de solteros, cuya versión más radical es la de los *incels* y que se adapta perfectamente a la poligamia de Elon Musk.

OLIVIER ROY

Su lucha principal es la prohibición del aborto y, de manera secundaria, la defensa de la misa en latín. Aboga por una legislación punitiva y rechaza la caridad defendida por el papa. Está en el corazón del Partido Republicano estadounidense junto con los evangélicos protestantes, pero está liderada por intelectuales católicos, a menudo procedentes del protestantismo, como el vicepresidente de Estados Unidos.

Esta derecha es más marginal en Europa, donde experimenta decepciones electorales debido a su dificultad para transformarse en un proyecto mayoritario. En todas partes, en Estados Unidos y en Europa, incluida Polonia, se enfrenta al continuo declive de la práctica religiosa. A pesar del activismo de Vincent Bolloré y del éxito de público del Puy du Fou, la recristianización no funciona, salvo en lo prohibido. Entonces intenta aliarse con el populismo identitario (Zemmour en Francia), pero se topa con la cuestión de los valores y la práctica: la mayoría de los líderes populistas no llevan en absoluto una vida cristiana, ni siquiera en apariencia.

La vocación mayoritaria: los identitarios del fin de la historia

El populismo identitario, que tiene el viento a favor, es en realidad más nostálgico que reaccionario. Defiende un modo de vida, el de los «Treinta Gloriosos» en Francia, el de los años cincuenta en Estados Unidos y, paradójicamente, el de la República Democrática Alemana.

Este populismo, dominante en Europa, ha integrado en gran medida los valores libertarios de los años sesenta, si no en la declaración de sus programas, al menos en la vida personal de sus votantes y dirigentes. Con Marine Le Pen, Geert Wilders, Nigel Farage y Alice Weidel, convierten ciertos valores liberales supuestamente universales –como el feminismo– en marcadores de identidad occidental, opuestos a los valores medievales atribuidos a los musulmanes. Si no cuestionan el derecho al aborto ni al matrimonio homosexual, es porque para ellos la referencia cristiana es solo una metáfora para defender un Occidente «blanco» y oponerse al «gran reemplazo». Entre ellos también hay neopaganos anticristianos y supremacistas blancos, que recurren más fácilmente a la violencia.

La referencia cristiana, puramente retórica entre los populistas identitarios, deja de lado a los católicos tradicionales, como ilustra la marginación de Marion Maréchal por su tía Marine Le Pen. La libertad consiste en llevar una vida tranquila sin que te molesten las regulaciones, los impuestos ni la presencia de inmigrantes.

Solo quieren seguir disfrutando como antes. Son los usufructuarios de un mundo en decadencia: después de ellos vendrá el diluvio, o más bien las rupturas geopolíticas y el calentamiento global.

La gran recentralización entre las derivas del centro y el avance de la extrema derecha se produce así: las sociedades europeas, que se supone que se están derechizando, parecen en realidad cada vez más liberales en materia de costumbres, mientras votan cada vez más a la derecha en materia de identidad.

La aceleración digital: organizar la separación democrática

Por último, el tercer ladrón es ahora la tecnología libertaria: unos pocos hombres, como Elon Musk, que tienen un poder extraordinario. Evidentemente, no son populistas, sino elitistas, por lo que, en el límite, son partidarios de una forma de cesarismo o tecno-cesarismo, según la expresión consagrada por la revista.

Tienen una misión: organizar el separatismo de una élite blanca y genial, encerrada en sus «*gated communities*» y otras «zonas francas», producidas por el «capitalismo de fragmentación» tan bien descrito por Quinn Slobodian,⁹ a la espera de ir a Marte.

No les importa la gente, que solo sirve para pedalear y repartir pizzas o para consumir sus servicios digitales. No necesitan a los pobres. Superricos, no creen en los títulos, sino en la transmisión genética de la genialidad. Por lo tanto, no hay redención para la gente común. Ciertamente hay algunos cristianos fundamentalistas entre ellos, pero su horizonte no es un retorno a

la antropología del Concilio de Trento o al derecho natural de Tomás de Aquino: es el espacio del transhumanismo lo que los anima.

El cielo con el que sueñan no es el del Padre Nuestro, sino el de la cohete que despega. Demiurgos o Prometeo, solo sienten desprecio por la criatura y, por tanto, por el Creador. Su visión del mundo es diametralmente opuesta a la del cristianismo, en todas sus formas.

A diferencia del capitalismo neoliberal, que jugaba con el mito de la realización personal al alcance de todos –y que, por lo tanto, era perfectamente compatible con el movimiento woke–, los tecnolibertarios asumen que hay condenados de la tierra y que hay que abandonarlos a su suerte.

No les importa el Estado: no buscan limitarlo, sino privatizarlo y, por tanto, destruirlo. Convertir el Pentágono en una milicia privada: su sueño debería ser la pesadilla de todos los soberanistas. Preparar un futuro posthumano: su objetivo debería ser anatema para los cristianos.

Los tecnolibertarios asumen que hay condenados de la tierra y que hay que abandonarlos a su suerte.

OLIVIER ROY

¿Quién pierde en el juego?

En este pequeño juego, los primeros perdedores ya son los fundamentalistas cristianos. Creen que han ganado en el punto central: la prohibición del aborto. Pero no han entendido que no se trata en absoluto de una vuelta a la familia cristiana, sino de una norma para la norma. Porque el gran discurso con el que se legitima el desenfrenado elitismo de la tecnología es el de la masculinidad sin límites. Es casi cómico ver a Zuckerberg, el jefe de Meta, descubrir en otoño de 2024 que es un macho castrado y que tiene los pectorales caídos. Por lo tanto, conviene poner a la mujer en su lugar: la aplicación de la prohibición del aborto es inquisitorial y no va acompañada, como querría la tradición cristiana, de una política de caridad hacia los más desfavorecidos.

Se está poniendo en marcha el movimiento contrario. La prohibición del aborto no es una defensa de la familia: es una prohibición que solo funciona como tal y deja intacta la libertad sexual de los dominantes. La prueba: apenas los cristianos tradicionalistas celebraron lo que creían que era una

victoria, Trump anuncia una sorprendente nueva subvención para la fecundación in vitro.

Inmediatamente, los obispos católicos estadounidenses se indignaron: habría una contradicción.¹⁰ Pero no lo entendieron: la aceleración no es cristiana, es transhumanista, como otros son transgénero. Si quieren tener hijos, no es por respeto a la vida, es para perpetuarse. La defensa de la masculinidad no es el regreso de la familia tradicional, porque se dirige a individuos, no a parejas. Es una ideología de solteros, cuya versión más radical es la de los *incels* y que se adapta perfectamente a la poligamia de Elon Musk.



Hajime Sorayama. © CFOTO/SIPA

Antropologías del Imperio de las Normas

Por lo tanto, nos enfrentamos a tres «antropologías» y tres sistemas de valores opuestos.

Los católicos tradicionales se sienten muy incómodos con la ciencia ficción demiúrgica de los tecnolibertarios, que quieren hacer a Dios tan inútil como a la gente corriente. Pero tampoco pueden aceptar el individualismo hedonista de los populistas identitarios, que simplemente quieren que se les deje vivir en paz, sin vacunas ni migrantes, pero también sin misa ni confesión.

Los populistas identitarios son además soberanistas porque, para proteger su modo de vida, necesitan el Estado monárquico que los tecnolibertarios quieren destruir.

Estos populistas no quieren una privatización de la salud y la seguridad, quieren un Estado-nación, al contrario que los tecnolibertarios, que solo

sueñan con destruir el Estado para sustituirlo por un consorcio mundial de empresarios.

Estos tres grupos no se refieren a una visión común de lo que sería la cultura occidental, aunque todos experimentan una forma de desculturación.¹¹

Los cristianos fundamentalistas se ven a sí mismos como ajenos a una cultura que se ha vuelto pagana.¹²

Los libertarios están en la ucronía de la ciencia ficción: otro mundo es posible, pero en otro lugar; están en el videojuego todo el tiempo; *El Señor de los Anillos* es su reserva de imaginación; el pasado no les interesa ni les inspira.

Los populistas están en el «estilo de vida», la permanente inmanencia, la nostalgia de la juventud de sus padres.

Sin embargo, estos tres grupos tienen dos puntos en común: el resentimiento, es decir, el odio, y el amor a la norma.

Los cristianos fundamentalistas creen en la ley, más que en el amor, como condición misma de la libertad; se quejan de las molestias administrativas solo en la medida en que les impiden aplicar sus propias normas, como por ejemplo exigir a sus empleados que se adhieran a los valores cristianos. Cuando hablan de libertad, no dicen «*freedom*», sino «*liberty*», es decir, no la tan odiada libertad individual, sino la autonomía de la Iglesia –*libertas ecclesiae* en la terminología canónica–; es característico que la orden ejecutiva de Trump que amnistía a los activistas cristianos hable más bien de «*religious liberty*» que de “*religious freedom*”.¹³ Todo el esfuerzo de los fundamentalistas cristianos es actuar por ley, de ahí la centralidad del control del Tribunal Supremo en su estrategia política.

Los populistas y libertarios parecen mucho más contrarios a cualquier extensión del imperio de las normas que atribuyen al «wokismo» y a la ecología. Pero ocurre lo contrario: simplemente quieren invertir la lógica normativa en su sentido. La llegada de Trump al poder ha provocado un aumento de la presión normativa. Para poner fin a una normatividad ecológica, como la prohibición de los popotes de plástico, Trump no responde con la libertad de elección, sino con la prohibición de los popotes de cartón. Al quejarse de la censura woke, la nueva derecha ejerce una nueva censura aún más sistemática sobre los libros y la enseñanza: en lugar de censurar a un autor, se censura a toda una categoría conceptual: el género y la raza. Lógicamente, este reflejo se encuentra en la derecha de Francia a menor escala: el rechazo a la censura woke se expresa mediante peticiones de prohibición, exclusión y retirada de la ciudadanía.

Para poner fin a una normativa ecológica, como la prohibición de los popotes de plástico, Trump no responde con la libertad de elección, sino con la prohibición de los popotes de cartón.

OLIVIER ROY

La paradoja de los libertarios es que están en contra de las normas, pero se unen a un imperio donde las normas se aplican a los demás. Las normas sirven entonces para permitir que la nueva élite se libere de las normas. Son la condición para ejercer el poder absoluto. El hombre del resentimiento puede finalmente hacer realidad su sueño nietzscheano: acabar con la culpa.

Por eso hay que seguir de cerca este debate sobre los valores.

Los resultados de las elecciones tanto en Europa como en Estados Unidos muestran desde hace tiempo que se vota más por las ideas que por los intereses: ¿cómo explicar de otro modo que los blancos pobres y las minorías hayan votado a Trump?

Pero esta guerra de valores en el corazón mismo del electorado populista es muy cambiante. Porque cuando los valores se traducen en normas mezquinas que afectan a todos los ámbitos de la sociedad y la vida privada, sin aliviar la «inseguridad cultural» ni aportar prosperidad, tal vez la libertad vuelva a ser deseable.

NOTAS AL PIE

- ① Culture Wars: The Struggle To Define America, Basic Books, 1991.⊥
- ② Sobre la coalición mundial de valores, véase Stoeckl, Kristina y Dmitry Uzlaner (2022). The Moralists International. Russia in the Global Culture Wars. Nueva York: Fordham University Press; Pasquale Annicchino, *Sovranismo religioso*, Il Foglio, 17 de septiembre de 2018.⊥
- ③ René Rémond, *La Droite en France de 1815 à nos jours*. Continuité et diversité d'une tradition politique, París, Aubier, 1954.⊥
- ④ Olivier Roy, *L'Aplatissement du monde*, capítulo 3, Le Seuil, 2023; Mark Noll, *The Scandal of the Evangelical Mind*. Cabe señalar que la mayor universidad evangélica (Liberty University) no tiene ningún departamento de «Humanidades», filosofía o historia, a diferencia de las universidades católicas (Notre Dame, Georgetown), sino departamentos de marketing, comunicación y psicología conductual. Véase también [aquí](#).⊥
- ⑤ Para el contexto de la cita, véase G. R. Steele, *There is no such thing as society*, IEA, 30 de septiembre de 2009.⊥
- ⑥ Marcel Gauchet, *À la découverte de la société des individus*, *Le Débat* 2020/3 n. 210.⊥
- ⑦ Pierre Manent, *La Loi naturelle et les droits de l'homme*, PUF 2018.⊥
- ⑧ Como anécdota, la Capilla Real de Dreux, necrópolis de los Orleans, reúne ahora a la familia y a sus invitados en misas en latín a las que acude toda la alta sociedad legitimista de

- Europa. El príncipe Juan, conde de París, solo se distingue de su rival legitimista, Luis de Borbón, por el acento español de este último.⁹
- 9 Quinn Slobodian, *Crack-Up Capitalism: Market Radicals and the Dream of a World Without Democracy* (p. vi), Henry Holt and Co., 2023.¹⁰
- 10 «L'industrie de la FIV traite les êtres humains comme des produits et congèle ou tue des millions d'enfants», Riposte catholique, 21 de febrero de 2025.¹¹
- 11 Para los evangélicos, véase: Olivier Roy, *La Sainte Ignorance*; para los populistas, Olivier Roy, *L'aplatissement du monde*.¹²
- 12 Ruth Graham, *He Gave a Name to What Many Christians Feel*, *The New York Times*, 6 de marzo de 2025.¹³
- 13 Maison-Blanche, «The Biden Department of Education sought to repeal religious-liberty protections for faith-based organizations on college campuses», 6 de febrero de 2025.¹⁴